ocupan la más remota región de la tierra en torno del lago Meótide.

Antístrofa 2.^a

420 *Y la flor belicosa de Arabia, y los que habitan cerca del Cáucaso una ciudad sobre altura escarpada, devastador ejército que ruge atacando con agudas lanzas.*

Estrofa 3.^a ²².

425 [†Sólo vi antes a otro dios vencido con la opresión de lazos de acero, cuando vi en tormento al titán Atlante, que continuamente llora el eminente poder, pleno de fuerza,
430 *que le impuso aguantar sobre sus hombros la esfera celeste.†]*

Antístrofa 3.^a

*Gime al romper la ola marina, gime el fondo del mar, muge debajo el hondón del reino de Hades, y las fuentes
435 fluviales de puras corrientes gimen un dolor que inspira piedad.*

(Silencio prolongado.)

PROMETEO. — No penséis que callo por orgullo o por arrogancia. Mi corazón se desgarrá en la angustia al verme
440 ultrajado con ignominia. Sin embargo, ¿quién sino yo definió enteramente las prerrogativas a esos dioses nuevos? Pero lo callo, pues también vosotras sois sabedoras de lo que yo podría deciros.

Pero oídme las penas que había entre los hombres y cómo a ellos, que anteriormente no estaban provistos de entendimiento, los transformé en seres dotados de inteligencia y en señores de sus afectos.

²² Esta estrofa se considera una interpolación.

Hablaré, aunque no tenga reproche alguno que hacer
445 a los hombres. Sólo pretendo explicar la benevolencia que había en lo que les di.

En un principio, aunque tenían visión, nada veían, y, a pesar de que oían, no oían nada, sino que, igual que fantasmas de un sueño, durante su vida dilatada, todo lo iban amasando al azar.

450

No conocían las casas de adobes cocidos al sol, ni tampoco el trabajo de la madera, sino que habitaban bajo la tierra, como las ágiles hormigas, en el fondo de grutas sin sol.

No tenían ninguna señal para saber que era el invierno, ni de la florida primavera, ni para poner en seguro los
455 frutos del fértil estío. Todo lo hacían sin conocimiento, hasta que yo les enseñé los ortos y ocasos de las estrellas, cosa difícil de conocer. También el número, destacada invención, descubrí para ellos, y la unión de las letras en
460 la escritura, donde se encierra la memoria de todo, artesana que es madre de las Musas ²³. Uncí el primero en el yugo a las bestias que se someten a la collera y a las personas, con el fin de que substituyeran a los mortales en los trabajos más fatigosos y enganché al carro el caballo obedi-
465 ente a la brida, lujoso ornato de la opulencia. Y los carros de los navegantes que, dotados con alas de lino, surcan errantes el mar, ningún otro que yo los inventó.

Y después de haber inventado tales artificios —¡des-
470 dichado de mí!— para los mortales, personalmente no tengo invención con la que me libre del presente tormento.

CORIFEO. — Has sufrido un daño humillante que te ha llevado a perder el control de tu mente y a extraviarte.

²³ Con metonimia: «las artes». Efectivamente, en el mito, las Musas son hijas de Memoria y Zeus.

Como un mal médico que cae enfermo, te descorazonas,
475 y así no puedes averiguar con qué remedio podrías curarte.

PROMETEO. — Más te extrañarás si oyes lo que falta:
qué artes y recursos imaginé. Lo principal: si uno caía enfermo,
no tenía ninguna defensa, alguna cosa que pudiera
480 comer, untarse o beber, sino que por falta de medicina,
se iban extenuando, hasta que yo les mostré las mixturas
de los remedios curativos con los que ahuyentan toda
dolencia. Clasifiqué las muchas formas de adivinación
485 y fui el primero en discernir la parte de cada sueño que
ha de ocurrir en la realidad.

Les di a conocer los sonidos que encierran presagios
de difícil interpretación y los pronósticos contenidos en los
encuentros por los caminos.

Definé con exactitud el vuelo de las aves rapaces:
490 cuáles son favorables por naturaleza y cuáles siniestros;
qué clase de vida tiene cada una, cuáles son sus odios,
sus amores y compañías, la tersura de sus entrañas y qué
color debe tener la bilis para que sea grata a los dioses,
495 y la varia belleza del lóbulo hepático.

Encaminé a los mortales a un arte en el que es difícil
formular presagios, cuando puse al fuego los miembros
cubiertos de grasa y el largo lomo. Hice que vieran con
claridad las señales que encierran las llamas, que antes es-
500 taban sin luz para ellos. Tal fue mi obra.

Bajo la tierra hay metales útiles que estaban ocultos
para los hombres: el cobre, el hierro, la plata y el oro.
¿Quién podría decir que los descubrió antes que yo? Nadie
—bien lo sé—, a menos que quiera decir falsedades.

505 En resumen, apréndelo todo en breves palabras: los mor-
tales han recibido todas la artes de Prometeo.

CORIFEO. — No ayudes a los mortales más allá de la
justa medida y no te desprecupes de ti cuando estás sumi-

do en el infortunio. Porque abrigo la buena esperanza de
que tú, una vez libre de estas cadenas, vas a tener un
poder que en nada va a ser menor que el de Zeus. 510

PROMETEO. — La Moira, que todo lo lleva a su fin,
no ha decretado todavía que eso se cumpla de esa manera,
sino que tras desgarrarme en mil dolores y calamidades,
escape entonces de estas cadenas. El arte es, con mucho,
más débil que Necesidad ²⁴.

CORIFEO. — ¿Y quién dirige el rumbo de Necesidad? 515

PROMETEO. — Las Moiras triformes ²⁵ y las Erinis, que
nada olvidan.

CORIFEO. — ¿Entonces, es Zeus más débil que ellas?

PROMETEO. — Así es, desde luego. Él no podría esqui-
var su destino.

CORIFEO. — ¿Pues qué destino es el de Zeus sino el te-
ner siempre el poder?

PROMETEO. — No lo puedes saber todavía. No insistas 520
en ello.

CORIFEO. — ¿Es, quizás, un secreto augusto lo que es-
tás ocultando?

PROMETEO. — Hablad de otro asunto. De ninguna ma-
nera es ocasión de anunciar ése, sino que al máximo hay
que ocultarlo, pues, si lo guardo, escaparé de estas infa- 525
mes cadenas y calamidades.

CORO.

Estrofa 1.^a

*¡Nunca Zeus que todo lo rige ponga su fuerza como
adversaria de mi voluntad, ni yo me duerma en acercarme*

²⁴ Personificación de la fuerza ineluctable de los decretos dictados por el Destino.

²⁵ De la tres Moiras, Átropo hilaba el hilo de la duración de la vida de cada hombre; Cloto lo iba enrollando, y Láquesis lo cortaba, cuando la vida debía acabar.